



En los comienzos
del Uruguay

Gran baratillo en la calle del Portón

Las “liquidaciones” en los comercios son un socorrido ardid de tenderos y afines para tratar de vender más, o para desembarazarse de un stock, etc. Cualquiera pensaría que es un recurso reciente; digamos, de este siglo cuando menos. Sin embargo no es así: en el Uruguay las liquidaciones son tan viejas como el Uruguay mismo, exactamente.

En efecto, por el tiempo en que nuestro país nacía como tal y estrenaba el nombre que hoy lleva (alrededores de 1830), se anuncia en una tienda del Centro una importante liquidación de mercaderías nacionales e importadas. Resulta que su dueño va a emprender un viaje, seguramente largo, y antes quiere desembarazarse de todas sus existencias. De modo que resuelve liquidarlas.

Así lo hace saber a los cuatro vientos en un periódico de la época, “El Universal”, donde anuncia que lleva a la quema todo lo que puede interesar a los y las elegantes y... a riguroso precio de costo (asegura): levitas, fraques, pantalones de paño, levitas de verano, listados, gasillas, flores, peinetas “y muchos otros efectos”.

Pero se trata de un negocio también interesado en la música, por lo cual ofrece partituras de “contradanzas nuevas”, que harán las delicias de tantísimas niñas montevidéanas obligadas a azotar pianos como era común en la época (recordemos de paso que la contradanza era una pieza de origen criollo, que estaba muy en boga entonces, y que se parecía lejanamente a una milonga).

Los que quieran beneficiarse con estas gangas, no tienen más que correrse hasta la calle del Portón, después de San Pedro, hoy 25 de Mayo, y llegarse hasta el número 133 donde tiene lugar esta liquidación tentadora, que sin embargo... no se llamaba “liquidación”. En efecto, el nombre de lo que hoy denominamos así, era en aquel entonces “baratillo”; y así lo proclamaba el aviso: “Baratillo en la Calle del Portón Nro. 133”. Pero el concepto, las ventajas... y las tentaciones, no variaron ni un ápice de entonces a acá.

Racismo de pardos y mulatos

Del racismo montevideano ya se ha hablado aquí, aunque mucho nos duele reconocerlo; y vimos que existió desde la primera hora: racismo anti-judío y racismo anti-negro.

Pero no fue sólo el blanco el que rechazaba a los negros o los consideraba inferiores: también los pardos y mulatos. Es ésta una modalidad de racismo que acaso no se conozca tanto.

Un versito anónimo de los primeros tiempos del país recoge este sentir tan prejuicioso como lamentable:

*“A los blancos hizo Dios
y a los mulatos San Pedro.
A los negros hizo el Diablo
para tizón del infierno”.*

Quedaba allí marcado esa especie de escalafón del racismo, que insistía en diferenciar nítidamente los dos grados de negritud.

Los blancos les decían “tíos” y “tías” a los negros (aún mucho después de abolida la esclavitud), como una forma de trato afectuoso y paternalista. ¡Pero que no les fueran a decir “tíos” a los mulatos o a los pardos, porque éstos lo consideraban una ofensa irreparable! Es que ellos se veían a sí mismos un peldaño más arriba, y no había quien pudiera disuadirlos de esa “superioridad” que los ponía por encima de sus parientes cercanos, los negros; lo cual, en aquella sociedad de hegemonía blanca, los hacía los penúltimos orejones del tarro, pero no los últimos...

Cuando las mujeres eran adornitos

No bien el Uruguay quedó constituido como país, en los alrededores de 1830, se fundó en Montevideo el primer colegio para señoritas que se conoció entre nosotros. Se llamó Colegio Oriental y estaba dirigido por una señora de apellido Curel. Vale la pena examinar cómo estaba concebido este novel insti-



tuto y cuáles eran las enseñanzas que en él se impartían, porque ello nos permitirá apreciar con toda nitidez cuál era el concepto que aquella sociedad sustentaba acerca del papel que le cabía a la mujer.

Dice el prospecto que se difundió entonces para entusiasmar a las familias: *“Este Colegio está destinado a fomentar el gusto de la ilustración en el Bello Sexo (ambas mayúsculas son sic), cuya instrucción ha sido descuidada hasta ahora por falta de un establecimiento en donde se pudiera enseñar cuanto debe saber una señorita para ser una buena madre de familia, hacer las delicias de sus padres y deudos, y ser el adorno y encanto de la sociedad”*.

Allí aparece expuesta sin el menor rodeo la concepción reinante en el país (¿y en el mundo?) acerca de lo que debía exigírsele entonces a la mujer: ser buena madre, delicia de sus “deudos”, adorno y encanto de quienes la rodeaban.

En función de esos objetivos tan precisos, estaba organizada cuidadosamente la enseñanza que recibirían las alumnas del Colegio Oriental. Sigue el folleto publicitario: *“La directora no se limitará a la enseñanza puramente intelectual, sino que se empeñará también en fomentar en los jóvenes corazones el gusto de la virtud, de la moral y de las buenas costumbres, y los modales finos.”*

Para alcanzar tan loables metas, la directora cultivará en primer término la disciplina y el orden: *“La regularidad en las horas de trabajo, del recreo, del*

comer y los varios ejercicios del Colegio, acostumbrarán a las niñas al amor por el orden, calidad esencial de una señora de su casa". Como se ve, doña Curel no perdía de vista ni por un momento la función doméstica que debía ser el centro de la vida de las mujeres de entonces.

Para obtener mejores resultados en aquellos acostumbramientos para la vida del hogar, el régimen sería de pupilaje. Y es bueno enterarnos pormenorizadamente de cómo sería la existencia diaria que les esperaba a las pupilas del Colegio Oriental: *"A las 7 de la mañana se levantarán y ocuparán de su aseo, a las 8 se servirá el almuerzo (?) (copio textualmente), compuesto de un puchero o biftec con papas, o en fin productos de estación. A la 1 se dará la comida de las pupilas y medio pupilas: sopa, carne cocida y dos manjares más, variados. Después, recreo hasta las 3. A las 7 de la noche otro recreo hasta las 8 en que se servirá cena: asado con ensalada, u otros variados manjares. A las 9 las oraciones y se acostarán las alumnas, y todo eso en presencia de la directora o de sus hijas"*.

En suma, que las familias del flamante Uruguay no podían quejarse: por primera vez tenían adonde mandar a sus chicas para educar al Bello Sexo como es debido, cosa que cuando las niñas llegasen a mayorcitas fueran el deleite de sus deudos todos, sus padres (y maridos, ni qué hablar) y un encantador adornito en el hogar. ¿Cómo no agradecerle a la señora Curel y a sus vigilantes hijas del flamante Colegio Oriental?

Los carnavaleros de antaño, esos ingobernables

No había quien pusiese en vereda a los montevidéanos de 1830 cuando sonaba la hora de soltar todas las ataduras para celebrar el Carnaval que había llegado. No hay duda de que se divertían de lo lindo, pero al parecer de una manera un tanto desahogada, que hacía que se pasasen al patio con demasiada facilidad.

Así, no necesitaban nada para entrar a arrojarse huevazos sin ningún miramiento y a propinarse baldazos con agua (y otros líquidos no muy afines) que dejaban a la gente empapada de pies a cabeza. Y se ve que los excesos eran incontrolables, porque cuando se aproximaba la fecha del Carnaval, los diarios

más serios comenzaban a dirigir sermones ceñudos por anticipado a una población demasiado fervorosa y participativa, por lo que se ve.

Así, el muy respetable “El Universal” predicaba sensatez en estos términos: *“Las diversiones públicas, cuanto más sencillas e inocentes, tanto más se conforman con los principios de la decencia y la buena educación. Pero la costumbre de jugar con agua y huevos en los días de Carnaval, además de ser torpe y escandalosa, es perjudicial a la salud, y propensa a fomentar las pendencias y desgracias”*. Muy cierto.

Por si no hubiera prendido esta mesurada exhortación inicial a la cordura carnalera, el mismo diario, ya sobre la fecha de inauguración de la fiesta, vuelve a dirigirse a los pobladores de Montevideo, pero ahora con un lenguaje un tanto más destemplado y perentorio: *“A no cometer las ridículas extravagancias y groserías que han llevado a los extranjeros a calificar a los orientales de locos y salvajes”*. Lo que revela la magnitud de las salidas de madre de aquellos montevidianos.

Pero no eran sólo los diarios serios los que se erigían en catones: la Policía no quiso quedarse atrás y dio a publicidad un edicto de severidad más que reveladora, prohibiendo de modo terminante jugar con agua, arrojar huevos o darse golpes. Pero no se quedaba en la mera exhortación edificante, sino que establecía penas muy concretas y sañudas de prisión y fuertes multas a los infractores.

Quedaron así preparados los ánimos para recibir un Carnaval que sería, a no dudarlo, ejemplar, al revés del de años anteriores; divertido, sí, porque para eso es Carnaval, pero cuerdo y bien educado como corresponde a países que, aunque nuevos, ya poseen un grado de cultura que los pone por encima de... ¿Cómo? ¿Qué se lee en este mismo diario “El Universal”, aludiendo al Carnaval recién concluido? *“El agua cayó a torrentes, se consumió el innumerable depósito de huevos que existían acopiados desde algunos meses antes, y la autoridad fue espectadora tranquila del menosprecio por sus propias medidas”*...

Es inútil. Ya vamos viendo cuánta razón le asistía al Coronel Latorre cuando, cuarenta años después, comprobaba que, tanto en su tiempo como en el origen del país, “los uruguayos son ingobernables”. Al menos cuando de divertirse se trata.

Un coloso de la Ciencia se pasea por Montevideo

Seguramente muchos montevidianos se cruzaron por la calle con este hombre, verdadera cumbre del pensamiento científico del siglo XIX, cuyas ideas revolucionaron la manera de mirar el mundo, sacudieron al universo religioso, influyeron en la filosofía de su tiempo. Sus peculiarísimos aportes cambiaron de raíz, no sólo a las ciencias naturales –campo específico de su actividad– sino también a muchas otras ramas del saber, con sus conceptos sobre la evolución de las especies, la selección natural, la lucha por la supervivencia. Nada fue igual después del paso de Charles Darwin por el mundo científico.

Y, como es sabido, este verdadero coloso de la ciencia y el pensamiento llegó a Montevideo un día de 1832, y seguramente caminó por la Plaza Constitución, contempló la Iglesia Matriz, transitó por nuestra Sarandí, pasó bajo el arco de la Ciudadela.

Uno se imagina los homenajes oficiales que se le habrán tributado, las comitivas que salieron a recibirlo, los actos académicos de reconocimiento; y hasta el rechazo inevitable de una Iglesia que lo demonizó o poco menos (“¡el hombre descendiendo del mono!”, “el desconocimiento del papel del Creador”, etc.).

Sin embargo, no: ningún homenaje, la menor resonancia tuvo la presencia de este hombre eminente entre nosotros. Y ello por una razón más que sencilla: que no era nada eminente y nadie había oído hablar de Charles Darwin cuando estuvo aquí; esas dos palabras, que tanto resonarían después, no se habían escuchado todavía ni en el Uruguay ni en el mundo.

Es que el Darwin que se paseó por nuestra ciudad era entonces casi un imberbe. Lo que en todo caso algún montevidiano habrá presenciado, sin tomar ninguna nota de su observación, habrá sido un muchacho con aspecto extranjero, de rostro serio y reconcentrado, que en actitud atenta iba descubriendo lugares y costumbres de una ciudad para él remota y desconocida. Tenía apenas 22 años.

Pero eran, por cierto, unos veintidós años nada corrientes en ninguna parte del mundo. En efecto, recordemos que Darwin llegó hasta el Uruguay formando parte de un proyecto científico admirable propiciado por el gobierno inglés: dar la vuelta al mundo en cinco años de navegación, conociendo todos los



mares y continentes, para hacer lo que se podría considerar como un relevamiento científico completo del planeta. Nada menos.

Con tan grandioso objetivo se fletó un bergantín llamado a hacerse famoso, el “Beagle”, comandado por otro joven, el Capitán Fitzroy, de veinticinco años tan sólo. Cuando el “Beagle” llega a Montevideo en aquel 1832, llevaba recién ocho meses de viaje de ese total de cinco años previstos para el periplo completo.

Al Gobierno británico no le había resultado nada fácil encontrar hombres de ciencia dispuestos a afrontar los avatares de cinco años de navegación por todos los mares y tierras. Pero Charles Darwin acababa de completar sus estudios de naturalista en Cambridge y este muchacho de espíritu inquieto y recién salido de las aulas no dudó en registrarse como candidato, intuyendo quizás que recogería en el viaje conocimientos inestimables, como en efecto ocurrió. Sus antecedentes universitarios lo favorecían y en definitiva fue aceptado.

La labor que llevó a cabo fue gigantesca, pues aprovechó su viaje para investigar y estudiar las facetas más diversas de la naturaleza: animales, vegetales y minerales. No hay duda de que este trabajo paciente y exhaustivo de recopilación de datos e informaciones de primera mano, le tiene que haber brindado un basamento formidable para arribar más adelante a la formulación de sus revolucionarias teorías.

Los comienzos de su aventura no fueron, por cierto, nada auspiciosos: él mismo dejó narrados los padecimientos que debió sufrir a causa del mareo, las tempestades, la poco comfortable vida de a bordo, al punto de que las primeras

semanas las tuvo que pasar tendido en una hamaca. Pero su voluntad férrea pudo más, logró adaptarse a aquellas condiciones tan adversas y al final consiguió llevar a término con éxito su ciclópea tarea.

Mientras tanto, ¿qué hizo el joven Darwin entre nosotros? ¿A qué dedicó su tiempo en el Uruguay? ¿De qué le sirvió el conocimiento directo de nuestro país?

Se sabe que el “Beagle” permaneció unos dos meses fondeado en nuestro puerto. Durante ese tiempo, Darwin incursionó en variados lugares de nuestro territorio, recopilando datos y observaciones. Se sabe que anduvo por Maldonado, Minas, Pan de Azúcar, Aiguá, Colonia, Soriano.

Según consignó en sus anotaciones, le llamó particularmente la atención la falta de bosques en toda esa zona, así como la extraordinaria abundancia de un cardo comestible que, según averiguó, había sido traído por los españoles, y que en nuestro suelo arraigó con tanta fuerza que llegó a expulsar a otras plantas autóctonas. (Parece inevitable preguntarse si ese ejemplo tan vívido de disputa por el espacio disponible, no habrá contribuido a despertar en Darwin la idea de la lucha de las especies y la supervivencia del más apto).

En fin, no deja de ser conmovedor pensar que tuvimos a Charles Darwin en Montevideo en aquel setiembre de 1832, por más que ignorado en el momento. No deberán pasar más de unos lustros para que el paseante desconocido de nuestra ciudad provocara un verdadero cataclismo en la ciencia y la filosofía de Occidente, cuyos ecos no se han extinguido del todo todavía.

Los muy pálidos montevidEOS

Por aquellos días en que el país se paró sobre sus pies y estrenó su primer nombre, “Estado Oriental del Uruguay”, en Montevideo estaba muy bien visto que hombres y mujeres tuviesen el cutis lo más blanco posible. Tal era lo distinguido: la palidez a rajatabla acababa de ponerse “en onda”.

A primera vista, resulta fácil vincular esta manía por la blancura con el auge del romanticismo, el cual, no bien llegado a estas playas, las sembró de rostros espectrales, flacuras de tísico (con acompañamiento de las debidas toses) y ojeras moribundas. Pero hay que considerar, negando esta filiación, que el Romanticismo tuvo en Montevideo una fecha precisa de llegada: 1838, se-

*La simpática
atmósfera de
nuestros rústicos
almacenes y
boticas iniciales.*



gún se cuenta en el tomo II de “Boulevard Sarandí”; en tanto que la moda de la palidez extrema ya reinaba entre nosotros en los alrededores de 1830.

En efecto, un aviso publicitario de esos años da cuenta de que en Montevideo se vendía una pasta de castaña que tenía la propiedad tan ambicionada de blanquear el cutis. La fabricaba su mismísimo inventor, un inglés de nombre James Raine, que para deslumbrar a los ingenuos montevideanos agregaba que su pomada blanqueadora ¡tenía patente de Su Majestad Británica!, sin duda alguna el gran espaldarazo que haría caer rendida a toda la clientela local.

Pero por las dudas que Su Majestad no bastase, el avisado británico hacía saber también que su dichoso producto había recibido la aprobación de TODA (sic) la nobleza británica, sin faltar un solo noble. ¡Cómo no conmovirse al saber que nosotros, simplotes habitantes de esta ciudad simplota, podíamos echar mano a los mismos recursos faciales que aquella aristocracia que tanto nos encandilaba!

Ahora bien: ¿cómo había que hacer para que la tal pomada maravillosa nos blanqueara el rostro? Más fácil imposible: lavándonos la cara con ella. Y

era tan extraordinario aquel producto que, de paso, les servía a los caballeros como infalible ablandador de barba. ¿Qué más podían querer?

Pero está visto que ya, tan temprano, lo extranjero fascinaba a nuestros coterráneos. Porque aparte de esta pasta blanqueadora de procedencia inglesa, se vendía también en el país un producto francés no menos milagroso (y en aquel momento lo francés empezaba a ponerse de moda entre nosotros).

Lo curioso es que esta pomada francesa, al igual que su colega la inglesa, era también de doble propósito. Usted mataba dos pájaros de un tiro: su pelo quedaba teñido a la perfección, pero además, si tenía poco, le empezaba a crecer. ¡Las cosas que eran capaces de inventar los científicos de “la” Francia (como se decía entonces)! Y no se crea que era muy caro este crecedor y teñidor de pelos: pagando cuatro reales apenas, usted se llevaba un tarro que le alcanzaba por el resto de su vida, poco menos.